

Adriana Assini

Adriana Assini

Perder la cabeza

ArCibEd Editores



Perder la cabeza

testa di Giovanni

©Perder la cabeza

Adriana Assini

Traducción y edición Mercedes Arriaga Flórez

Imágenes de portada e interiores: Adriana Assini

www.adrianaassini.it

© 2013 ArCiBel Editores S.L.

www.arcibel.es

editorial@arcibel.es

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

ISBN: 978-84-15335-45-0

Depósito Legal: SE 1967-2013

Imprime Publidisa

Adriana Assini

PERDER LA CABEZA

Traducción y edición
Mercedes Arriaga Flórez

ArCiBel Editores

Adriana Assini
donde la Historia Oficial se detiene

“Perder la cabeza” es una trilogía de relatos breves, que de forma doble y burlona juega con el significado de esta frase, haciendo referencia a tres personajes decapitados, pero también al estado de ánimo, a la forma mentis de las mujeres que narran en primera persona sus historias. Mujeres que “pierden la cabeza”, al salirse de lo común, de la norma, de la cotidianidad para aventurarse por caminos bizarros, perversos, criminales pero, aún así y, de todas formas, libremente escogidos. Mujeres sin arrepentimientos, sin sentidos de culpa, mujeres que persiguen sus objetivos tenazmente hasta conseguirlos, y que hacen alarde de su inteligencia, de su sagacidad, de su astucia, como si fueran hombres. Mujeres que utilizan sus encantos y la seducción como un arma política para conseguir lo que quieren, porque ¿de qué otra forma habrían podido codearse con el poder, conseguirlo o conservarlo en un mundo absolutamente masculino? Mujeres manipuladoras, se diría, pero no más que otros personajes implicados, como es el caso de Herodías, la mujer de Herodes Antipas, y de su hija Salomé. Sobre ellas recae el pecado y la condena milenaria de

haber provocado la muerte del Bautista, por simple frívolidad, mientras que otras personas y motivos permanecen en la sombra.

Se trata de un caso emblemático, de un ejemplo más de la gratuita perfidia femenina, de su connivencia con el mal que, sin embargo, Adriana Asini quiere examinar desde una nueva perspectiva. Con vocación y andamio de detective privada, quiere reabrir su caso, proporcionando al lector elementos que no han sido tomados en consideración en el gran juicio en el que la Historia oficial ha irremediabilmente condenado a ambas, madre e hija, para resaltar aún más que las mujeres somos esa “raza” a parte, de la que hablaba Hesíodo, que no llega a tener el rango de humana.

Motivos personales, pero también motivos políticos, convierten a Herodías, no en una mujer malvada más, movida por la arbitrariedad, sino en una hábil estratega que defiende su estatus y el de su familia. Una mujer que asesina para defenderse, pero ya sabemos que la defensa propia ha sido siempre una capacidad negada a las mujeres, que por ley a lo largo de los siglos han sido defendidas por otros. En estas páginas, Herodías no es ya un nombre y una acción atroz asociada a él, tal y como se la retrata en la mayoría de los textos e la Historia, sino un personaje que recobra humanidad y complejidad, dejando de ser un estereotipo, aun-

que sea bajo el signo de la negatividad. Conocemos muchos villanos, malvados e incluso asesinos, con los que la Historia oficial es mucho más condescendiente, construyendo para ellos coartadas eficaces pero, por el momento, no sucede lo mismo con las figuras femeninas, condenadas para siempre en el imaginario colectivo.

La genealogía femenina, donde la perversidad se redobra y se amplifica, vuelve también en el segundo relato con la pareja Jane Parker y Catherine Howard, que, en cambio Adriana Assini nos presenta como dos amigas, aliadas para escalar posiciones en la corte de Enrique VIII. En este caso, parece que las intrigas femeninas reciben su castigo con la condena de ambas a la decapitación. Una vez más, entre los pliegues de la Historia oficial, Adriana Assini nos propone, a través de sus conversaciones, dos mujeres que pagan en primera persona las consecuencias de sus actos, dos mujeres que no se arrepienten. Catherine Howard sube al cadalso con la cabeza alta, perseverando en su equivocación. Lo mismo le sucede a Charlotte Corday, la muchacha de provincias que asesina a Marat en su bañera, protagonista del último relato. Charlotte reivindica para las mujeres “el derecho al mal”, poniendo en evidencia que una mujer puede dejarse llevar por las ínfulas de una Revolución y participar como un hombre en la locura colectiva.

Porque las protagonistas de estos relatos no ven la vida pasar desde la comodidad o la pasividad, sino que son mujeres que construyen su propio destino, aceptando las consecuencias, que se implican y se salpican con los acontecimientos de la época en la que vivieron.

Podríamos decir que la pregunta que subyace, y a la que estos tres relatos pretenden responder, es precisamente el porqué. Adriana Assini nos proporciona los posibles motivos interiores que la Historia oficial no nos ofrece, colmando así el vacío que nuestra cultura deja cuando se trata de mujeres que hicieron o participaron en esa Historia.

La prosa de Adriana Assini cumple el prodigio de trasportarnos por completo al momento preciso en el que todo sucedió y de hacernos asistir, como espectadores ocultos, a la escena que se está desarrollando, nos hace oír las voces de las protagonistas. Somos testigos ausentes/presentes, escuchando palabras pronunciadas o pensadas.

Adriana Assini nos abre la puerta de las alcobas, de los aposentos privados, de los recuerdos de estas mujeres, traspasando los límites en los que la Historia Oficial se detiene.

Mercedes Arriaga Flórez
Faro de Trafalgar, 2013



DANZA CRUEL

El shofar ya había sonado dos veces, cuando Yona, con tierna insistencia, sacó a Herodías de sus sueños insensatos, después de una noche de excesos.

¡La puerta gira en sus goznes, el perezoso en su cama! Arrastró a la doncella, sin que la otra la oyera.

La ayudó a ponerse de pie y la vistió con algo ligero, color de la aurora: para obtener ese rosa tenue y tan brillante, habían sido necesarias las cáscaras de trescientas granadas y la sabiduría antigua del primer tintorero de la corte.

Todavía medio dormida, Herodías caminó sin ganas sobre la gran terraza. A sus pies, la ciudad de David, ahora en manos de los Césares, pululaba de almas, bestias de tiro y carros, mientras el sol, ya alto, brillaba en el blanco de las casas, reavivando el ocre oscuro de la muralla, adornada con torres.

Ahora, le parecía que, desde que vivía en Galilea, aquellos lugares y aquellas gentes le resultaban extraños y, a veces hostiles. Y ella, para vengarse, iba diciendo por ahí que ya no amaba la ciudad, avara de sonrisas y de jardines.

“¡Hoy tampoco tendremos tormenta!” exclamó Yona, llegando a sus espaldas con una fuente de dátiles frescos traídos de Jericó.

Mientras tanto, no sin malicia, le contó que precisamente esa mañana, cerca del mercado del pescado, había sido lapidada la mujer adúltera de un escriba.

Herodías sonrió burlona. ¡Era inútil ignorar que muchos habrían deseado para ella ese mismo final! Pero, a pesar de lo que pudiera pensar el prójimo y, despreciando las leyes, la mujer más discutida del País no había sido nunca tan feliz, desde que Herodes Antipas, su cuñado, la había robado con la fuerza a su hermano Felipe, gobernador de Iturea, un marido aficionado a la infidelidad y a los modales violentos.

Arrancándola del gris de aquella alcoba triste, el Tetrarca de Galilea la había acogido en su palacio como si fuera su legítima esposa, consintiéndole traerse consigo también a su única hija, de extraordinaria belleza, llamada Salomé.

“La ley del rey del Cielo no está escrita para los reyes de la tierra”, se limitó a sentenciar, rechazando al mismo tiempo sus escrúpulos y las indirectas de la sierva.

Respiro profundamente: el aire fresco de la mañana le había dado una carga de energía y ahora se sentía preparada para afrontar los ritos de la toilette cotidiana.

Primero se perfumó el aliente con pimienta olorosa, después empezó a espalmarse un polvo azul sobre los párpados, todavía hinchados, mientras Yona, paciente, peinaba sus largos cabellos, teñidos con rojo de Antioquia.

Con gesto indolente, Herodías cogió uno de los espejos para controlar personalmente su aspecto, pero el bronce, apenas abrigantado, le devolvió insolente la imagen de una mujer demasiado pensativa. Irritada, pidió mas cremas y los polvos que habían traído de Persia. Inmediatamente después, dando cuerpo a un repentino propósito, mandó advertir a los guardias de su escolta que era su intención dirigirse al Templo.

No explicó los motivos, pero Yona comprendió que, a pesar de su soberbia, su dueña temía todavía el juicio de los sumos sacerdotes, aunque sólo fuera por la gran influencia que ejercían sobre la plebe y sobre los poderosos. Armada de dineros y diplomacia, con ese visita absolutamente inesperada, esperaba sorprenderles y comprarlos, poniendo fin, una vez por todas, a sus duros ataques.

La vuelta imprevista de su hija, sin embargo, la distrajo de su intención, además porque aquella criatura espléndida, que era su orgullo, tenía una mirada preocupada, llena de miedo.

“Esta ciudad no nos quiere”, empezó la joven, retirando el largo velo de su cabeza.

Contó que se había aventurado por las calles de Bazetha, llegando después, entre el polvo, a las casas pobres del barrio de Sión. Por todas partes, sin embargo, entre comerciantes y miserables, vendedores de agua y alfareros, meretrices y rabinos, había oído demasiado a menudo hablar mal de su madre.

“Jerusalén ha llorado con la noticia de tu llegada, pero después se ha alegrado, sabiendo que nuestra estancia habría sido breve. Ni siquiera las mujeres de mala fama parecen tolerar tus incestos”, dijo por pura crónica, pero sin infringirle condenas.

El rostro de estatua de Herodías se volvió pálido de golpe, tanto que ningún tinte de la tierra hubiera podido ponérselo más blanco.

“¡Espíritus primitivos! ¡Olvidaban que su parentesco con Herodes estaba decretado por el registro y no por la sangre!”, dijo amargada, “El arresto del Bautista, entonces, no ha servido para nada!” observó inmediatamente después, aludiendo al predicador que repetidas veces había osado hablar públicamente con desprecio de su unión con el cuñado.

“¡Al contrario!”, dijo Salomé, “También por ello el malcontento crece en las calles...”. Añadió que, queriendo creer a algunas voces, incluso desde la prisión, los dardos del Bautista se dirigían a

avivar los rencores en el corazón de sus seguidores.

La bella Herodías dio rienda suelta a toda su rabia: aquel hombre, dijo, pertenecía a la misma ralea de los embaucadores y de los magos, pero lo que más la sorprendía era el hecho de que Herodes Antipas escuchara sus predicaciones y temiera sus anatemas. Con mal disimulada contrariedad, recordó que el Tetrarca le había hecho llorar ríos de lagrimas antes de convencerse de que a aquel charlatán había que encerrarlo.

A pesar suyo, sin embargo, Juan tenía fama de ser un hombre justo y contra él ni siquiera el hijo de Herodes el Grande se atrevía a levantar una mano.

Suspirando de impotencia, Herodías se lanzó en oscuras previsiones: “Ya se sabe como va el mundo, con el tiempo también la gota logra escavar la piedra” dijo, prediciendo que, a fuerza de hablar mal de ella, el predicador lograría en su intento de alejarla del lecho de Herodes. “Entonces para nosotros ya no habría remedio...”.

Salomé se encogió en un escalofrío de horror, imaginando a su madre caer bajo el peso de las piedras y a si misma, privada de toda protección, obligada a mendigar piedad a su verdadero padre, a cuya autoridad se había sustraído voluntariamente.

Mientras ella perdía tiempo en esas terribles conjeturas, Herodías se apresuró a esconder sus

hombros desnudos bajo una modesta túnica de lino y renovó su propósito de visitar a los sacerdotes.

“Les ofreceré una suma de mil talentos para restaurar el templo”, dijo decidida, “quien sabe si con eso se van a convencer y a ponerse de mi parte, sino con las palabras, por lo menos con su silencio!”.

Estaba a punto de salir, cuando la detuvo su hija: “Eres imprudente, madre, y no debieras serlo”, le dijo quitándole los pendientes y otras joyas. No entendía porqué se había envuelto en una nube de mirra, aún sabiendo lo mucho que eso contradecía las recomendaciones contenidas en los textos sagrados.

“¿A caso has olvidado que a las mujeres de sentido común tiene que bastarles el incienso del Templo?”, le dijo con una ironía descarada. Después la dejó marchar.

Cuando Herodías volvió de su difícil misión, el sol empezaba a penas a descender detrás de las colinas verdes de olivos. Deprimida, corrió a lamentarse con su amante.

“¿Qué te esperabas?” fue el comentario lacónico del Tetrarca, cuando escuchó el relato de la hostilidad del Sínodo hacia su unión. “Esos sabiondos me aburren, y en cambio los entiendo en el fondo ...En realidad, es su deber pretender que nuestras vidas sigan los caminos de la Ley ...”.

Por toda respuesta, su mujer volvió a hablarle del Bautista, y del preocupante peso del que todavía gozaban, entre el pueblo, sus graves acusaciones.

“Dice la verdad cuando me grita a la cara que no es lícito tomar la mujer de mi hermano”, sostuvo Herodes, “Y sin embargo no hay ninguna razón para que te inquietes, porque no van a ser sus juicios los que me hagan cambiar mis planes de un milímetro”.

Por lo tanto, le confirmó de nuevo, como ya había anunciado a los cuatro vientos, que en el festivo mes de las espigas, la habría convertido en su esposa, a pesar de que con este paso incumpliría los preceptos, provocando la ira del cielo y de la tierra.

Una promesa importante, la suya, que habría calmado a su mujer, pero que no sirvió a que desistiera su atractiva concubina, que volvió a despotricar contra Juan: “Yo lo que digo es que hay algo equivocado y sucio en la cabeza de un hombre que renuncia a las mujeres y vive en el desierto como las hienas. ¿No es acaso cierto que a su paso deja un hedor de curtidor de pieles?, Y sin embargo, parece que sus sermones te nublan la mente más que el humo del opio!”

“¿Me crees de verdad incapaz de distinguir el cobre del oro? Yo soy dueño de mi mismo y hago siempre lo que quiero, pero se reconocer el valor

del hijo de Isabel y Zacarías. ¡Y comprendo perfectamente los motivos por los cuales el pueblo lo aclama! A pesar de ello, en mis tierras vale más mi ley que la ley de Dios y ni siquiera a los profetas les voy a consentir que ultrajen a la mujer que he escogido para convertirla en mi esposa”.

Un suspiro de cansancio se insinuó en la voz de Herodes, sin interrumpir sus razonamientos: “No te hagas ilusiones, sin embargo, que eso baste para que se convierta en mártir por mi causa. Tienes que saber que toda cólera contra él se detendrá en los barrotes de la celda. No me pidas más, porque a más no me atrevo”.

Ella se encogió de hombros y torció los labios: “¿Para que me sirve ser la mujer de un hombre poderoso si sus súbditos me señalan con el dedo como si fuera una meretriz y los rabinos me desprecian? Las injurias del Bautista pesan ya sobre mi cabeza más que cualquier corona que quisieras regalarme...”.

El amante estaba a punto de replicar, cuando el sonido triste del shofar los obligó a los dos al silencio. Y en ese día no volvieron a retomar el asunto.

Pasadas siete lunas volvieron a partir. Con gran sequito de hombre y camellos, cargados de provisiones, comida y alfombras. Por aquel adiós, Jerusalén no se inmutó, ni hubo muchedumbre de gente por las calle. Por otra parte, además de los

escándalos de su alcoba, la legendaria crueldad de Herodes Antipas era ya historia, y muchas personas preferían ver a un magistrado romano sentarse en su lugar en el trono.

Cuando las colinas de cal amarillenta que rodeaban la ciudad de Judea se difuminaron en la lejanía, bajo racimos de nubes, el Tetrarca y los suyos se dirigían al Jordán. Tras mil leguas de camino agreste, atravesaron sus aguas verdosas de cañas y de alisos y, al final, costeando durante un breve trayecto las orillas cenagosas del Mar Muerto, llegaron a un lugar perdido y siniestro llamado Macheronte, donde no crecían flores, pero se erguía, austera, una de las fortalezas del rey.

Extremo baluarte de sus posesiones, el castillo, de piedra maciza, contaba con pocas habitaciones bien amuebladas, mientras el resto no era otra cosa que una red de cubículos y rocas, además de los fétidos subterráneos, donde habían encerrado a Juan.

Oprimida por la incómoda presencia del predicador, a Herodías le hubiera gustado festejar en otro sitio el cumpleaños de su amante, pero Herodes había insistentemente mantenido que buenas razones de gobierno lo obligaban a detenerse en aquel oscuro lugar, odiado incluso por las serpientes, donde el ocaso se manchaba de cenizas y malvas, y el día se levantaba ya apagado.

Por sus cincuenta años el Tetrarca quiso que el salón de ceremonias resplandeciera como una aurora de verano sobras las costas del Mediterráneo y al gran banquete, lleno a rebosar de frutas raras y de todo tipo de manjares, invitó a más de cien ilustres personajes. Por lo menos veinte cocineros fueron llamados para lucir sus habilidades en la cocina, mientras que un pequeño ejercito de camareros se encargaban de servir las mesas y otros muchos coperos se dedicaban a la mezcla de las bebidas.

Vestido de púrpura y de seda azul, Herodes acogió a sus huéspedes con el beso de la paz, después los dejó en manos de sus esclavos para que les lavaran los pies y les ungieran la cabeza con aceite perfumado, en señal se bienvenida y de buen auspicio.

Sobre una mesa larga cuatro cañas, en cedro repujada y encina del Basan, brillaban copas de oro y cucharas de marfil, entre rocas de pan de higos y pavos reales al azafrán, cordero asado sobre cepas de uva y lentejas con cabrito. Los que servían iban y venían con odres de piel de cabra con los que escanciaban el vino, mientras que los comensales más refinados solicitaban la apreciada cerveza de la Media.

Herodías entró en escena la última, queriendo sorprender por su belleza y su elegancia, en conso-

nancia con su merecida fama de ángel caído de ojos luminosos como estrellas y voz sinuosa de sirena.

Imantada de lazos de seda y de misterio, preciosas diademas y nardo indio, limitaba su comida a semillas de sicomoro y a un puñado de confetis con miel. Con la sonrisa de una esfinge egipcia, saboreaba el vino negro y observaba a los presentes constatando amargamente que, también entre sus ceremoniosos comensales, que notoriamente se dedicaban a los placeres ilícitos y siempre eran obsequiosos de cara a las lisonjas del poder, habían hecho brecha las palabras de fuego del Bautista, tanto que cada convite se convertía en una buena ocasión para dar rienda suelta a todo tipo de habladurías sobre ella.

En la segunda vigilia de la noche, Herodes ordenó que los siervos trajesen otros candelabros y otros lucernarios para poder iluminar mejor las danzas de las bailarinas.

Pronto fue un triunfo de luces y de músicas, en un escenario tapizado de mosaicos, frisos y telas extranjeras, que habrían hecho palidecer incluso a cualquiera de los celebrados palacios de Roma. Pero en un momento determinado de la fiesta, la mirada del Tetrarca se posó sobre su hijastra, que estaba en silencio pesarosa y a parte. Abandonándose a un capricho repentino, le pidió que danzara en su honor, con acompañamiento de arpas.

Orgullosa por aquella petición, que le llegaba inesperada y que de repente la ponía en el centro de toda la atención, Salomé recurrió a la astucia de un pequeño zorro y a los ronroneos de una gata, y para hacerse de rogar fingió ofenderse: no era su costumbre exhibirse delante de una tan vasta, cuanto prestigiosa platea. Ni estaba segura de que sus pasos pudieran igualar a los de las bailarinas.

Una mirada elocuente de su madre, le dio valor en la empresa, mientras las bailarinas la dejaban dueña de la sala y las primeras notas ya resonaban dulcemente bajo los arcos.

Entonces con paso real, la joven de la gran cabellera negra, como el manto de los cabritillos del Galaad, se apoderó de la escena y en pocos instantes se aseguró la benevolencia de los escépticos y el interés de los más distraídos, subyugándolos con el refinamiento y la malicia de sus gestos dibujados en el aire.

Una por una, dejó ver las innumerables invenciones que presiden el antiguo arte de la seducción y con su forma lenta, armoniosa y sensual dejó caer al suelo su chal carmesí, mostrándose tal y como era: una estatua de mármol blanco, cubierta solamente por impalpables velos.

Mientras fuera el *Quadim* soplaba helado desde Oriente, levantando nubes de polvo, en cambio, en

la sala la atmosfera se iba caldeando en pos del ritmo ascendente de sus pasos. Con sus largos brazos trenzados de hilos dorados, Salomé, evocaba antiguas historias, provocaba ensoñaciones, mientras sus rápidas vueltas dejaban desnudas sus hermosas piernas lisas por las cremas.

No tardó mucho antes de que los estupefactos invitados apremiaran a Herodes para saber más sobre aquella criatura divina de pechos de marfil, cuyos labios recordaban el rojo de las anémonas y la sangre de los cabritillos.

Él, lleno de orgullo, se detuvo contando maravillas sobre la que, antes de ser su hijastra, era su sobrina. Era un torrente desbordado, pero de ella no perdía ni un solo paso, ni uno de sus excitantes movimientos de cadera.

Cuando la música terminó, rompiendo el encanto, la llamó inmediatamente a su lado. Con ojos admirados y el tono solemne de los momentos importantes la llenó de elogios.

“¡No ha sido más que un simple regalo de mi parte para tu cumpleaños!” exclamó ella, recomponiéndose los cabellos despeinados.

Ante esas palabras, el Tetrarca pareció conmoverse y dejando de piedra a sus invitados, le ofreció una sorprendente recompensa: “Pídeme cualquier cosa y yo te la concederé. Incluso la mitad de mi reino, si eso te hiciera feliz”.

Un gran murmullo se levantó de la sala, mientras Salomé, confundida por ese excepcional ofrecimiento, corrió a consultarse con su madre, antes de dar una respuesta.

“Ya tienes cajas de seda y cofres de rubíes ...”, le dijo, todavía incrédula ante tanta benevolencia de la suerte, “Renuncia también a la mitad de su reino: cuando me case con Herodes lo tendré por entero y sabes bien, hija mía que todo lo mío es tuyo ...”.

“Entonces, ¿qué quieres que le pida?”.

La prima mujer de Galilea no dudó ni un solo instante ante improbables pudores, ni perdió el tiempo a estrujarse en dilemas “Pídele la cabeza del Bautista”, dijo sin un suspiro, y sin que el temor atravesara su voz.

“¿Estás segura de lo que dices, madre? ¿No tienes miedo de que su sangre pueda recaer sobre nosotras como una hoz? Piénsalo de nuevo o un día nos arrepentiremos...”.

“No, no somos nosotras las que hemos emitido su condena. ¡Todo esto se lo debe solamente a la desfachatez de su imprudencia!” protestó Herodías, diciendo de nuevo que Juan, colorado y cada vez más frustrado por su propia impotencia, que le impedía acercarse a un cuerpo de mujer, no soportaba la libertad de los demás de escoger el goce de los placeres y no su castigo. “¡Deja de un lado las

dudas, por lo tanto, y coge al vuelo esta afortunada ocasión que, ciertamente no se va a presentar de nuevo! Recuerda que nuestro futuro sin ese hombre será mil veces más seguro...”.

Con paso real, Salomé volvió antes su padraastro y le presentó su brutal petición. Él, desconcertado, hizo todo lo que pudo para que volviera a pensar su decisión. Por eso, en voz baja, ¡le recordó que Juan llevaba escrito en su nombre que era un elegido de Dios! A pesar de que en su vida la fe se había reducido a casi nada, la superstición, en cambio, todavía tenía su peso.

“El pueblo lo ama”, añadió desconsolado, temiendo desórdenes. “Para hacerlo callar, conozco otros métodos...”.

Palabras vanas las suyas, que cayeron en el vacío junto con los murmullos de los presentes.

“Su cabeza”, repitió su hijastra sin pestañear, pero con una tormenta en el corazón. “No mi interés nada más que eso”, repitió mintiendo.

Entonces Herodes Antipas, que había prometido ante cien testigos, dejó de insistir. Con el espíritu triste y la hiel en la boca, ordenó a la guardia que bajaran a los calabozos y que cumpliera la funesta orden. Mientras, hizo callar los címbalos, mientras sus ojos severos buscaron los de su amada, distante a penas medio tiro de lanza de él. Pero Herodías, pálida como la luna, una vez más, le dio prueba de

firmeza, sosteniendo impassible su mirada llena de estupor y de rencor.

Esperaron todos en el más absoluto silencio, hasta que un ruido de pasos de hierro no anunció la vuelta de los soldados. Uno de ellos, el comandante, avanzó grave hacia el Tetrarca, sujetando por el pelo la cabeza ensangrentada del predicador.

Ante esa visión, un coro de consternación se levantó en la sala. Hubo quien se desmayó. Los siervos se apresuraron a borrar las manchas de sangre, diseminadas por el suelo, mientras un grupo de mujeres sofocaba a mal apenas su rabia y su llanto detrás del velo.

Impotente ante el innoble fruto de su misma generosidad, Herodes se dejó caer como un peso muerto en el trono de piedra. Después con la voz entrecortada por la ira ordenó que el insólito trofeo fuera colocado en una bandeja de plata y entregado a su legítima propietaria.

Erguida como un ciprés, con la altanería y la gracia de una soberana, Salomé fue al encuentro del soldado y recogió su premio con los ojos secos y las manos firmes. Después, triunfante y dócil al mismo tiempo, se acercó a su madre y se lo ofreció: “¡Aquí está la cabeza que querías, es tuya! Cógela como una prueba del amor que te tengo y del que nunca voy a pedirte cuentas”.

Intentando ahogar en el vino un espanto imprevisto, Herodías cogió la bandeja con el regalo macabro y respondió irónica: “¡Hoy es un gran día, porque nuestro súbditos estúpidos por fin han aprendido que no es aconsejable meterse entre un rey y su reina!”. Dirigiéndose después a la cabeza cortada, le susurró descarada: “¿Dónde estaba tu Dios cuando la espada del verdugo te caía sobre el cuello? Tú has defendido su ley, pero él no te ha defendido a ti, pobre charlatán de los desiertos!”.

Con los pies descalzos atravesó la sala, bajo la mirada atónita de los invitados y, como una sombra, desapareció en el laberinto de tortuosos pasillos, envuelta en la obscuridad de la noche y de su alma.



MI NOMBRE ERA JANE

Mi nombre era Jane, de nacimiento Parker, de Boleyn. Con mi matrimonio me convertí en la vizcondesa de Rockford, pero mi nuevo blasón no me sirvió para hacerme camino en la corte de Londres: llegué allí cuando no tenía ni quince años y no salí, ni siquiera de muerta.

Que yo recuerde, no era ni atractiva, ni demasiado instruida, pero mi existencia transcurrió igualmente entre comodidades e, incluso, fui feliz.

Parecerá quizás extraño, sin embargo, ignoraba la nostalgia y detestaba los remordimientos. Por eso, hasta el último momento, supe librarme de la polilla de la duda.

Vivir en la corte de los Tudor me gustaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Allí todo era excesivo, la belleza, el lujo, la violencia y las intrigas. En los bailes y en las fiestas, fastuosas y frecuentes, se podían tener encuentros interesantes, establecer relaciones más o menos peligrosas, realizar alianzas que duraban una hora o toda una vida.

El día en el que me casé con George, las conjunciones astrales estaban a mi favor y cuando su hermana Ana, tan bella como ambiciosa y testaruda, logró convertirse en la tercera mujer del sobe-

rano, Enrique VIII, también nosotros gozamos de su buena estrella.

Pero no fue siempre verano. Descubrí en mi propia carne que nada dura para siempre, cuando la rueda de la fortuna empezó a girar al contrario para los hermanos Boleyn: mi cuñada, demasiado miope para entender que su encanto estaba declinando, ignoró las nubes que se adensaban en el horizonte y continuó pretendiendo e imponiendo como cuando estaba en el culmen de su gloria.

“Su tiempo ha terminado, ¿por qué no se resigna?” le pregunté a mi marido, temiendo que nos arrastrara consigo en su caída.

“Ya conoces a Ana: es una luchadora, por nada de este mundo renunciaría a su marido...”.

“Querrás decir a la corona...”, le corregí yo.

La tenacidad a veces te compensa y otras veces se vuelve contra nosotros. En su caso, desencadenó una tragedia. Como en las arenas movedizas, más se movía, más la “gran señora” de Hever se hundía.

Intenté muchas veces hacerle entender que si Dios no quiere, todos los santos del paraíso son pocos.

“En vuestro lugar, me quitaría de en medio”, le dije. En algunos casos es mejor el exilio o el convento. Ella sorda al sentido común, siguió adelante, con la seguridad de vencer.

Pero, mirando a posteriori, me doy cuenta que la juzgaba sin imaginar que sus errores serían tam-

bién los míos, empezando por el, imperdonable, de no considerar hasta qué punto podía volverse loco y colérico el rey de Inglaterra.

¿Cómo terminó? El rey perdió la paciencia y para quitarse de en medio a su mujer logro que la acusaran de crímenes infames. Entre sus culpas, la de incesto con George, su hermano, mi marido.

Fue un golpe bajo para los Boleyn, y también para mí, que ya era de la familia y veía mis sueños de gloria desvanecerse. Esperaba que por lo menos George lograra librarse, pero cuando todos sus intentos por defenderse fueron vanos y sus amistades de alto rango no movían un dedo para ayudarlo, entonces, con tal de salvarme, tomé distancias, abandonándolo a su destino.

De lo que se decía por ahí de mí no me importaba, quería permanecer viva y alegre, por eso recurrí incluso a la calumnia cuando los jueces me pidieron que describiera la relación que unía a George con su hermana. Y volví a llamarme Parker antes de que el Parlamento condenara a los dos a que les cortaran la cabeza. Admito que su muerte no me impresionó como hubiera debido. Ambos tenían algo que me impedía amarlos: la soberbia, en el caso de mi cuñada; la falta de pasión, en mi marido.

El hecho es que, una vez cumplida la sentencia, consideré mi matrimonio como un lamentable in-

cidente en el camino, y me comporté de forma que todos olvidaran pronto que era la viuda de Boleyn.

Al diablo también el luto, las lágrimas y las misas fúnebres. Tenía prisa por quitarme de encima la tragedia, el olor acre de la sangre, el espectro de la muerte. Quería vivir días llenos de fastos y de honores.

En aquella época no había nada que me asustase, ni obstáculo que me detuviera. Era capaz de navegar a vista y contra el viento, a remo y a vela. Siempre dispuesta a emprender nuevas cosas. No peco de soberbia cuando afirmo que lograba en aquello que otros fracasaban, transformando una desgracia en una ocasión, un riesgo en una posibilidad, un peligro en un refugio.

En definitiva, aunque me metía en tempestades, mantenía la ruta y contaba con mejorar mi carrera escalando otras cimas en la corte, prestando atención a no suscitar la envidia de los de mi igual condición.

Los meses pasaron sin grandes sorpresas, ni novedades de importancia. Después el soberano decidió que era el momento de volver a casarse y, tras un atento examen de la situación política en Europa, sus consejeros le indicaron que era mejor que escogiera como su cuarta esposa a una noble flamenca, para reforzar la útil alianza con los países dominados por los Asburgo.

Cuando Ana de Cleves llegó a Inglaterra era la noche de fin de año. El rey fue a su encuentro en la rica demora del obispo de Rochester, y fue de inmediato un desastre: ella no lo reconoció y él, más presumido que un pavo real, no se lo tomó bien. Pero hubo algo peor: Ana no se parecía en absoluto a la hermosa muchacha retratada en el cuadro de un conocido pintor de la época.

Decir que su alteza se sentía desilusionado, es decir poco. Sin embargo, dadas las circunstancias, intentó poner al mal tiempo buena cara y, una vez en Londres, dio comienzo a los preparativos para la boda. Recuerdo, como si fuera ahora, que cuando llegaron se desencadenó un avispero de habladoras. Aquella pobrecita no gustaba tampoco a los cortesanos más refinados: demasiado alta, demasiado robusta, ninguna gracia y con las mejillas rojas de las campesinas. Además su inglés era pésimo y sus modales empachados.

La primera noche, en la alcoba real cayó el hielo: a pesar de no sentirse atraído por su nueva esposa, Enrique intentó de todos modos cumplir con sus deberes conyugales. Sin embargo, había fracasado y de este embarazoso inconveniente, que minaba su fama de gran seductor, le hecho toda la culpa a Ana.

En los días sucesivos, muchos lo escuchamos mientras se enfurecía con su primer ministro, culpable de haberle sugerido una boda con una que

parecía un caballo. Para probar que su matrimonio era nulo se produjo después una gran ir y venir de camareras que se turnaban cada noche en su tálamo, sin ni siquiera tener cuidado de salvar las apariencias con los que eran de fuera.

La crisis nupcial del soberano me dio argumento para meditar: intuía una oportunidad que aprovechar, pero no entendía todavía cuál podría ser. Hasta que, en una tarde de lluvia, el ocio se demostró fecundo al hacerme concebir una idea tan atrevida como brillante.

Consideré que el rey no habría consentido demasiado tiempo aquel menage conyugal y que para cambiar aquella penosa situación habría sido suficiente con deslizar entre sus brazos a una de personalidad viva, dotada de humorismo y senos duros, presumida lo necesario y lo suficientemente ambiciosa como para cerrar los ojos sobre el aspecto repugnante del soberano.

Pensé inmediatamente en mi mejor amiga, Catherine Howard. Noble, jovencísima, fresca como una rosa. Estaba ya en la corte pero colocada en tercera fila.

Cierto que no tenía la belleza de la Boleyn pero, contrariamente a Ana de Cleves, desprendía sensualidad de todos los poros de su piel.

“Tendrás que hacer brecha en su corazón sin pasar por su lecho”. La instruí como si fuera mi

aliada, que estaba fuera de sí de alegría con solo pensar que iba a quitar de en medio a la flamenca y ocupar su lugar en el trono de Inglaterra. “Juega bien tus cartas y serás tú su próxima mujer”.

Había calculado todos los méritos de mi elegida, sin notar, ¡qué fallo! sus defectos, uno de los cuales podía resultar fatal: Cathy non reflexionaba nunca suficiente antes de abrir la boca, era impulsiva, ignoraba lo que era la prudencia. Para que no hubiera equivocaciones y para evitar posibles problemas, la puse en guardia para que no tomara iniciativas sin mi permiso.

La joven Howard me juró obediencia y yo le di mi confianza, a pesar de prometerme a mi misma que estaría siempre detrás de ella. En definitiva, aquella chica era frívola, a veces incluso desastrada, y su ligereza constituía un peligro. En el fondo, sin embargo, a mí ella me gustaba precisamente por ser como era, y corrí el riesgo.

Por otra parte, muchos otros aspectos nos unían: a las dos nos gustaba llegar a lo más alto, nos gustaban los sueños de grandeza, los desafíos imposibles. Ni yo ni ella permitíamos que un escrúpulo nos arruinara el día, y para ambas la lealtad era un concepto variable, que dependía de las circunstancias.

La farsa empezó bajo los mejores auspicios y Catherine se fío de mí ciegamente, sin equivocarse

en ningún movimiento. Todo iba como una balsa de aceite. En el tiempo y con el modo que yo misma había previsto.

Tras los primeros resultados, preparados con todo detalle, mi pupila logró hacerse notar por el soberano, ensombreciendo cualquier otra cortesana. Después avanzó un poco más, asediándolo con miradas lascivas, sonrisas cómplices, caricias furtivas, demostrando que la seducción era un arte en el que se destacaba sin necesidad de mis consejos.

Pocas mujeres como ella lograban mezclar, de forma absolutamente natural, las malicias de una vida experimentada con una irresistible insolencia de muchacha simple y espontánea.

Tanta delicia encontró pronto terreno fértil. El rey, turbado en la carne y en el espíritu, no tardo en dar un paso adelante: estaba colado y más que colado por aquella criatura alta apenas tres palmos, con los ojos dulces del color de las castañas y un sentido del pudor conmovedor. Pero más la quería él, más ella se negaba. Tal y como estaba previsto en nuestros planes.

“Déjalo cocer a fuego lento...”, le aconsejaba a mi protegida, por miedo a que la pasión del ogro pudiera resolverse en el capricho de una noche.

Divertida y excitada por aquel juego, mucho más grande que ella, Catherine me contestaba

riendo: “No temas. Ya le he dicho que solamente quien me lleve al altar podrá gozar de mis gracias”.

Aquel viejo gordo y enfermo estaba de verdad convencido de que estaba ante un cándido lirio sin recoger, y en el ansia de hacerlo suyo, abandonó toda reserva y empezó a manifestar abiertamente su animadversión hacia Ana.

“Ha dado un primer paso”, me informó Catherine cuando él mismo le confió que había convocado a todos sus consejeros para anunciar que de la “yegua alemana” no quería saber nada. Se había casado con ella en pleno invierno, el primer día del año, y ahora en el corazón del verano, meditaba ya perderla de vista.

Esta vez, sin embargo, para librarse de su indeseada consorte no podía recurrir al hacha, a no ser que quisiera desencadenar una guerra con los Asburgo, sus aliados, recurrió a la vía legal, y salvó las cabras y los repollos.

En aquella circunstancia, me pidió un pequeño favor que no pude negarle: tenía que mentir, me dijo, que era por una buena causa. Me reí conmigo misma de su ingenuidad: precisamente él, maestro de conjuras, intrigas y trampas, había caído en mi red como el más ingenuo.

¿Quién sabe la cara que habría puesto si hubiera descubierto que estaba pacientemente espe-

rando, desde hacía seis meses, a que hiciera aquel movimiento?

Cuando me llamaron a testimoniar, no me tembló la voz, ni me confundí cuando declaré en falso ante los expertos de derecho civil: “Su majestad Ane me confió, en más de una ocasión, que todavía era virgen, porque con el soberano no había habido nunca ningún contacto en la intimidad del tálamo. En verdad, puedo dar por cierto que su matrimonio no ha sido consumado”.

Con eso bastó para que la boda fuera anulada, con ventajas para todos: el rey volvió a estar soltero; Ane recibió una buena indemnización principesca; yo un montón de privilegios.

Tenía motivos para estar satisfecha, pero al mismo tiempo mordía el freno, consumiéndome por la prisa de alcanzar la meta que me había perfilado, que ahora veía al alcance de mi mano.

Ese momento se hizo esperar menos de lo previsto. En dos semanas el rey de Inglaterra se casó con Catherine Howard. Ese mismo día, regalo entre los regalos, fui nombrada Camarera privada de la reina.

Estaba sorprendida. Mi proyecto se había cumplido de la mejor manera, sin que se derramase ni una sola gota de sangre y sin que nadie sufriera.

Pensé, equivocándome, que desde ese momento en adelante habría podido sólo gozar de los fru-

tos de mi ingenio. Que junto con la nueva Tudor habría podido vivir entre las comodidades y el lujo desenfrenado, gobernando el palacio desde detrás de las quintas y, quien sabes, incluso el reino.

“Estaremos siempre unidas, como la rama a su árbol”, me dijo la nueva reina cuando estábamos solas.

Siguió un calendario lleno de eventos, en los que yo tenía siempre un lugar en primera fila. No existía negocio, pelea o secreto que no pasara por mis oídos. No había un contencioso en el que no me llamaran para encontrar una solución. Ninguna fiesta se daba sin mi permiso y sin mi dirección.

Todo perfecto hasta que los nudos no vinieron al peine.

No se cómo no calculé la incontenible exuberancia de Catherine, su capacidad para enamorarse y de darse sin freno, mofándose de la posición que ocupaba, y de los riesgos que corría.

“Me tienes que ayudar”, me dijo un día mientras la emoción le impedía proseguir. “Thomas ha vuelto y yo tengo que encontrarlo a solas”.

Conocía a aquel hombre: peligrosamente atractivo, malditamente elegante. Les gustaba a todas, pero Catherine estaba loca por él. Había sido su amante durante un breve periodo trascurrido alejada de la corte, después se habían perdido de vista y él no la había vuelto a buscar.

“¿Por qué aparece sólo ahora? ¿Dónde estaba hasta este momento?”, le pregunté irónicamente, sospechando que detrás del imprevisto interés de Thomas Culpeper por mi Cathy se escondiera solamente el deseo de acapararse todas las posibles ventajas de ser el favorito de la reina.

Ella ni me escuchó: Thomas era el único hombre capaz de hacerle tocar el cielo con un dedo, solo con una mirada suya.

Me di cuenta inmediatamente de haber perdido la partida y que por ninguna razón la habría convencido a colocar una piedra sobre su pasado.

“Jane Parker, escúchame: no se si has probado algo parecido en toda tu vida”, me dijo con lágrimas en los ojos, “que sepas que él para mí es como un fuego que me quema sin reducirme nunca a cenizas. Y que ese fuego lo necesito como el aire que respiro”.

“Las cosas han cambiado desde que estuvisteis juntos en Lambeth, ¡ahora eres la mujer del hombre mas poderosos y más cruel de Inglaterra! Un solo paso en falso podría decretar tu fin”, le dije subrayando cómo los celos del soberano podían serle fatales.

Al igual que los hombres comunes, Enrico se atribuía el derecho de entretenerse a su capricho con las jóvenes sirvientas, pero no habría tolerado que su mujer se tomara confianzas con otro.

“Me vistes y me desvestes, para ti no tengo secretos”, replicó ella poniendo el morro. “Te diré entonces, con franqueza, que esta corona me pesa más de lo que tú te crees”.

Moví la cabeza en señal de desaprobación: aquel circulo de oro repleto de gemmas preciosas lo había querido con todas sus fuerzas y ahora no podía olvidarlo por un capricho.

“¿Te haces una idea de lo que significa pasar la noche con un gordo que tiene el doble de años que yo?”, añadió con una mueca de disgusto, buscando desesperadamente mi comprensión.

Resiste, pero la compadecía: Enrique tenía ya medio siglo, pesaba un quintal y sufría de gota.

“No me echo para atrás cuando me invita a los juegos de noche”, añadió erguida, “no me quejo de que me duele la cabeza, no finjo nauseas. Como una santa, soporto su aliento de carretero en la cara, fingiendo gozo cuando su abominable vientre aplasta el mío: ¿Tengo entonces razón si me concedo un premio que me compense al menos en parte de un tal desagrado?”

Yo no contestaba el hecho en sí, sino las posibles consecuencias.

“No correré ningún peligro si eres tú la que se ocupe del asunto”, explicó besándome las manos. “Sigue haciendo lo necesario en el momento necesario, como hasta ahora. Eres una maestra en esto

y yo te necesito tanto como al principio de esta increíble aventura. Te lo ruego, Jane, no me dejes o yo, sola, acabaré metiendo la pata...”.

Me pidió que le organizara un encuentro con su caballero.

Me quedé en silencio durante unos instantes. Tenía que valorar los riesgos y calcular los posibles desastres si la noticia del engaño hubiera llegado a los oídos del rey.

“Seré yo la que decida cuándo y dónde os encontrareis”, le dije después de haber considerado que, en el fondo, yo era la dueña de hacer y deshacer todo lo que se refería a ella, sin que nadie tuviera la autoridad y el derecho a decir nada.

Seguía a Catherine como si fuera su sombra, pero también cuando no estaba a su lado, establecía con pelos y señales sus movimientos, los turnos del personal encargado de su servicio, incluso sus comidas y sus diversiones.

“Tendrás que respetar mis reglas. De ello depende, no sólo tu destino, sino también el mío”, le dije sin medias tintas, dictándole severas condiciones.

Una semana después de aquella conversación ya había arreglado todo en los más pequeños detalles. Aproveché la ocasión de una misión lejos de Londres del soberano y, de noche, cuando ya todos estaban en la cama, con los pies descalzos conduje a Catherine a una habitación del primer piso de la

que sólo yo tenía la llave. Thomas estaba ya allí, más bello que un ángel y más desafiante que un diablo.

“No más de una hora”, les dije secamente, antes de encerrarlos dentro con llave.

No hubo incidentes, nadie nos vio, nadie supo nada. Di un suspiro de alivio pero, apenas dos días después, Catherine volvió al ataque.

“No logro dormir, he perdido el apetito. Seguro que me vuelvo loca si no logro volver a verlo”, se puso a llorar, arrojándose a mis pies.

“No podemos jugar con fuego, amiga mía. Una vez puede ser, pero si se convierte en una costumbre, entonces las cosas se complican y yo temo”, le dije sin ninguna indulgencia. “Y además el rey está volviendo a la corte, es cuestión de horas.”.

“Esta vez tengo yo un plan”, me interrumpió la desgraciada, explicándome que esa noche, en el banquete iba a hacer beber a su marido más de la cuenta. “Cansado del viaje, con la pierna enferma y el vino en el cuerpo, estoy segura que querrá descansar y yo, esposa fiel, me tomaré la molestia de acompañarle a su lecho”.

Le diré que sí, incluso en el caso de que tenga fuerzas para tener un amplexo.

“Cerraré los ojos, me taparé la nariz y lo tendré contento”, añadió suspirando. Después, cuando se durmiera como un tronco, entonces ella podría ir a

encontrarse con su amante en un lugar concordado y protegido”.

“¿Y si se despertara? Sabemos muy bien que a veces en plena noche os viene a buscar...”

Ni siquiera esta hipótesis desanimó a la reina. Tenía respuesta para todo: en el desgraciado caso de que eso sucediera, el rey habría encontrado la puerta de su habitación cerrada con llave. Y al día siguiente, respondiendo a sus preguntas se habría podido justificar fácilmente. “Le diré que, habiéndolo dejado satisfecho de todo placer, no esperaba una visita posterior y porque los peligros siempre abundan palacio, he preferido cerrar la puerta con cerrojo”.

“Duermo a vuestro lado. Se preguntará cómo es que ninguna de las dos ha escuchado llamar”, observé yo, en absoluto convencida de aquella solución.

“Las jornadas son largas, los deberes numerosos para las dos. El cansancio nos ha hecho entrar en el reino de Morfeo”.

Aquella noche, en la cena, Thomas Culpeper estaba sentado en la mesa con nosotros. Ironía de la suerte, el soberano había decidido nombrarlo camarero de sus aposentos privados. De aquel joven, bien educado y bien vestido, apreciaba la conversación, los buenos consejos, la forma genial en la que tocaba la viola.

Demasiado pagado de sí mismo, convencido de su inmenso poder, el Tudor había infravalorado el encanto magnético que ejercía sobre el gentil sexo, sin lejanamente imaginar lo mucho que le gustaba a su mujer.

Se dio una gran fiesta, corrieron ríos de buen vino recién llegado del Gran Ducado de Toscana. Durante el alegre convite, tuve que intervenir varias veces dando codazos a Catherina para que mantuviera una cierta compostura, visto que no resistía a lanzar dulces miradas a su amante y pasarle los mejores bocados del plato común.

El resto de la noche fue como había previsto ella. Admito que, aunque en general tenía poco cerebro, en esa ocasión logró que todo saliera sin tropiezos.

La desgracia fue que aquella noche de pasión fue seguida de otras y otras más, porque su ardor parecía no consumirse nunca.

“Tendrás que poner freno a tus fuegos”, le dije a su millonésima petición. ¿Hasta cuándo nuestro comportamiento iba a estar a salvo de las sospechas de siervos y cortesanos? Temía, que incluso en las sombras, alguien pudiera sorprendernos. Que alguien, a pesar de nuestras precauciones, pudiera escuchar una conversación nuestra o captar una simple alusión que pudiera comprometernos a las dos.

“De ese hombre no me sacio”, me respondió ella desafiándome. Estaba claro que estábamos en la misma barca y que, en el caso de tormenta, habríamos naufragado juntas.

Un detalle, este, que de repente le daba carta blanca sobre mí. Me tenía en un puño y se reía, convencida de que estaba ya demasiado involucrada en la cuestión para poderle negar mi complicidad cada vez que le servía.

“Sabes que soy capaz de todo. Quítame a Thomas y yo me vuelvo loca y confieso todo”, me dijo medio en serio y medio en broma. “Naturalmente saldrá también tu nombre, Jane Parker Boleyn...”.

Fue una puñalada en el corazón, sentí que me desmayaba.

“¿Me estás chantajeando? pequeña Cathy”.

Se arrepintió. Movi6 la cabeza rubia y me suplic6 que la perdonara si con sus bromas me había faltado al respeto. Después se ech6 a llorar y a sollozar, como nunca antes la había visto.

“Amo a Thomas más que a mi misma. Nadie, ni siquiera tú, puede pedirme que lo deje”.

Seguí concordando sus citas, afrontando siempre mayores riesgos, porque burlándose de la cautela, los dos amantes se comportaban como si fueran los dueños de la tierra y pretendían estar juntos incluso de día, y no ya escondidos en alguna habitación que encontraba, al reparo de ojos indiscre-

tos, sino en sus mismos aposentos, mientras el rey recibía visitas o despachaba asuntos del gobierno con sus consejeros.

Llevaba un vestido ricamente adornado y un collar de perlas de lapislázuli cuando se me cayó el mundo encima. Estaba mirándome al espejo y una de las damas que me ayudaba a arreglarme el peinado me susurró en el oído: “La fiesta se terminó, señora mía”.

La miré sorprendida: “¿De qué estás hablando?”.

“El rey ha abierto los ojos y los oídos y ahora sabe todo de la intriga”.

Fingí no entender a lo que aludía pero ella que, incluso me tenía en afecto, mantenía una cierta distancia y me hablaba como se habla a los que ya no cuentan más que un dos de copas, cuando quien lleva la voz cantante es la reina de espadas.

“Preparaos, vendrán a buscaros”, me anunció alejándose, casi como si no quisiera estar presente cuando sucediera.

Mantuve la sangre fría y le pregunté por Su Majestad.

Caprichosa, indiferente a etiquetas y protocolos, Cathy había ido a despedir a una dama que partía, pero habría debido volver ya hacía rato.

“La han arrestado hace poco. En la sala del trono”, me respondió.

Todo había sucedido muy deprisa y en perfecto silencio, quizás para evitar que uno de los dos pudiera escapar y librarse del castigo. Sobre todo Thomas, que habría podido encontrar fácilmente reparo en casa de algún noble, contrario al monarca.

No logré pensar en nada, ni siquiera en ponerme a salvo. De piedra, esperé sentada a que las guardias abrieran la puerta de mi habitación y me condujeran al calabozo

No fui desmentida. Lo que temí, fue lo que sucedió.

Durante meses, todos los días, durante horas me interrogó el obispo de Canterbury. Al ser noble de nacimiento me ahorraron la tortura, pero no un sinfín de preguntas, a veces sibilinas, a veces cortantes.

La severidad de Cramner, junto con la desolación de la prisión y de la mala calidad de la comida me debilitaron hasta llegar a enajenarme y farfuzar.

Estaba cada vez más débil, adelgazaba a vista. Temía por mi vida y por la de Catherine, a la que seguía queriendo, a pesar de todo

Se me ocurrió una última idea e intenté jugar mi carta lo mejor que pude: en un momento determinado y poco a poco, empecé a fingir que había perdido el juicio. Había fingido muchas veces en

mi vida y siempre había sido convincente, lo que también sucedió esta vez, visto que el alto prelado tomó en serio mis crisis de locura y escribió una larga relación al soberano, sosteniendo que, aunque culpable de los delitos que se atribuían, ya no era capaz de entender su significado.

Me hice ilusiones de haberme librado del castigo: la ley inglesa evitaba a los locos la pena capital. Pero mi alivio fue breve. Al soberano, furioso conmigo, le bastaron pocas horas para abolir esa norma y a mí me condenaron, exactamente como a mis cómplices.

El primero que murió fue Thomas Culpeper. Yo Había intentado darle a Howard toda la culpa de la relación, pero un nutrido epistolario entre los dos lo había encadenado a sus responsabilidades.

Su cabeza, bellísima, fue expuesta primero en el puente de Londres, después en las galerías de la Torre, en donde estuvo durante días.

Se ciertamente que, cuando llevaron a Catherine por allí delante, para conducirla a sus aposentos, donde había permanecido encerrada durante todo el tiempo de los interrogatorios, en una de las celdas de la torre, vio la cabeza cortada de su amante y se tiró al suelo gritando como una endemoniada.

Todo según los deseos del soberano: había sido él quien había ordenado exponer el trofeo, para

que su mujer se trastornara y fuera doblemente castigada. Una venganza despiadada, una pena añadida, para alargar su suplicio.

Dijeron después que, mientras ella se comportaba como una loca, logrando conmover incluso a los guardias, él se ponía a escuchar sus gritos detrás de la puerta. Todas las veces se marchaba llorando como un ternero. Seguramente y, a pesar de todo, la amaba todavía. Fue así como alguien se tomó la molestia de suplicarle clemencia para aquella criatura inerme, de sólo veinte años.

El “no” del rey de Inglaterra resonó seco en la sala del trono. Un momento después, Enrique firmó la sentencia con la cual condenaba a su quinta mujer a la decapitación.

Catherine Howard murió media hora antes que yo. La ejecución fue en la Torre y yo estaba entre los presentes. Querían que viera lo que me iba a suceder en pocos instantes.

De miedo, me castañeteaban los dientes y sudaba frío, no me sostenía de pie, pero en un momento determinado me distraje. Una vez más, Cathy me sorprendió.

Me imaginaba que se iba a ponerse a gritar o a forcejear en el extremo y último intento de sustraerse a aquel final horrible. Al contrario, permanecía en silencio, caminando derecha como una vara, bien sujeta en sus piernas. Casi no la reconocía de

lo pálida que estaba, los ojos con un círculo negro. En modo comedido y elegante, consideró que tenía que excusarse con los presentes por la culpa con la que se había manchado. Excusas breves, de circunstancia, sin una pizca de real arrepentimiento. Inmediatamente después, mientras se ofrecía voluntariamente al verdugo, declaró con voz alta y clara: “Muero como una reina, pero hubiera preferido morir como la mujer de Culpeper”.

Otra bofetada a su ilustre consorte. Después un golpe de hacha la hizo callar para siempre.

Cuando llegó mi turno, no lograba ni siquiera respirar. Entonces no sabía que la muerte no es nada, sólo si pensamos en ella es cuando sentimos miedo.

Tuvieron que empujarme hasta el cadalso y obligarme a apoyar la frente, porque no lo hubiera logrado nunca sola.

Espero que no se enfade conmigo el verdugo si digo que era un inepto y un incapaz, pero tengo mis buenas razones: le temblaban tanto las manos que en el primer golpe de hacha sólo me hirió, y únicamente en el segundo, ¡maldito sea!, logró por fin separarme la cabeza del cuello.



UNA MUCHACHA DE PROVINCIA

Hacía un calor sofocante en París, aquel diez y siete de julio de mil setecientos noventa y tres. En el aula del Tribunal revolucionario, llena a rebosar, no corría ni un hilo de aire.

La imputada, veinticuatro años y once meses, corría el peligro de la pena capital, pero no parecía preocupada en absoluto. En sus ojos, intensos y grises, discurrían las imágenes de un tiempo feliz, pero lejano: las flores blancas de los manzanos que costean el Orme, las mañanas leyendo a Plutarco y Rousseau, o pintando pequeños cuadros.

En aquellos años estaba todavía decidida a tomar los hábitos, aislarse del mundo y hablar sólo con Dios. ¡Cuántas cosas habían cambiado, si ahora se encontraba en medio de una muchedumbre enfurecida que la insultaba con sus gestos y palabras! Pero ella, la “virgen asesina”, en vez de descomponerse, se erguía con aires de orgullo, como si las injurias fueran medallas al valor, capaces de aumentar sus méritos.

“Di tu nombre, ciudadana”, le ordenó el acusador Fouquier-Tinville, trayéndola bruscamente al presente.

El hombre era entre los más temidos, y entre las leyendas negras que se contaban sobre él, resaltaba una más siniestra que las demás: era capaz de condenar incluso a algún ladrón de pollos, con tal de ver alejarse completa la carreta que cada día iba y venía desde la prisión de la Conciergerie a Plaza de la Revolución, lugar donde se encontraba el cadalso.

Antes de contestar, la joven le lanzó una mirada, después reservó la misma mirada a la fila de los magistrados que tenían que juzgarla, y a la muchedumbre que se había reunido para poder ver de cerca a la desgraciada que había acuchillado y asesinado al diputado Marat, el “amigo del pueblo”.

“Marie-Anne Charlotte Corday d’Armont, nacida en Saint-Saturnin lès Ligneries el 27 del mes termidor del 1768”, dejó salir las sílabas pronunciando con orgullo.

Y mientras tanto, mientras la rabia se alzaba de los bancos de la muchedumbre, ella volvió al pasado, para encontrar el hilo de toda la madeja. Recordó su infancia, marcada por la pobreza y la soledad, con una madre muerta y un padre siempre ausente. Después venían los días tristes del convento, en Caen, en el Abbay-aux-Dames, donde se encontró con otros descendientes de la aristocracia venida a menos. Hasta que, con los acontecimientos del ochenta y nueve, los votos monásticos no

fueron suprimidos, los monasterios cerrados y a ella la acogió en su casa una anciana tía.

Aquel desorden, sin embargo, nunca le pareció un drama y, poco a poco, se fue apasionando a la nueva causa, militando, sin embargo, en la parte más moderada de los insurgentes. Por otra parte, la Revolución tenía su encanto, porque hablaba de libertad, y de igualdad e incluso *Madama la ghiottina*, después, no la había asustado: “Con tal de que no se abuse de ella...”, repetía durante las ruidosas asambleas ciudadanas.

Con el tiempo, sin embargo, las cabezas habían volado como melones y ella había terminado por cambiar de idea. Sin darse cuenta, sin ver la contradicción que anidaba en sus pensamientos, había terminado por abrazar el arma de la violencia para combatir la violencia misma.

El enano del tribunal tocó repetidamente la campana para llamar al orden y, una vez que se hizo silencio, el juez pudo continuar el interrogatorio, preguntando a la joven el motivo que la había empujado al crimen.

“Detestaba al hombre que he matado. Quien lo elogia está nublado por sus mismos falsos ideales, y no ve que estaba movido por una ferocidad indecible”, respondió la imputada, sin un momento de duda. Entre las atrocidades que atribuía al tribunal, habló del suplicio que había infringido al abad

Grombault, un cura al que ella había tenido cariño. “Alguien tenía que detener a ese loco sanguinario! Vamos, sean honestos: ¿considerarían a Alcides culpable de haber asesinado a los monstruos?”.

A penas cinco días antes, Charlotte, se había despedido de sus parientes con una excusa y había dejado Caen en una diligencia. Una vez en la capital, se había alojado en una hotel que costaba poco y para no atraer sospechas, había renunciado a la cuffia blanca de provinciana normanda, sustituyéndola con un sombrero negro, adornado con cintas verdes. Se había encaminado por las animadas calles parisinas, ya engalanadas de fiesta, con miles de lazos tricolores: era, por cierto, el 13 de julio, la vigilia de la conmemoración de la toma de la Bastilla.

En una tienda del Palais-Royal, había comprado un gran cuchillo de cocina, que le habría servido para llevar a término su terrible plan, premeditado desde hacía meses: habría ido a la Convención y en plena asamblea habría eliminado al diputado, delante de centenares de personas.

Estaba convencida de que no había un escenario mejor para dar resalto a su acción. Mucho mejor que en un café o en una calle.

Haciéndose pasar por una seguidora del diputado, se informó sobre él y se quedó muy desilusionada cuando se enteró de que su objetivo estaba en-

fermo, salía poquísimo y se quedaba muchas veces encerrado en su casa. ¡Vaya por Dios!, tuvo que renunciar a la espectacularidad del crimen, resignándose a contentarse con su dimensión privada.

Ignoraba dónde vivía el jacobino, pero la fortuna se puso de su parte y, de pura casualidad, descubrió su dirección

“Era como si la Providencia me tendiera una mano para que mi misión me resultara más fácil y realizara lo antes posible el sueño de un gesto sin vuelta atrás, que liberase a Francia del Tirano”.

“¿Quién son vuestros cómplices?” la apremió acosante Fouquier-Tinville, que estaba reventando de rabia porque no lograba infundir un legítimo terror en aquella criatura de facciones delicadas y de corazón de león.

“¿Qué cómplices? No necesitaba a nadie para hacer lo que he hecho” juró ella, explicando que no había confesado a nadie su proyecto de muerte, ni siquiera a sus amigos girondinos más íntimos, considerándoles demasiado cobardes o demasiado prudentes para ser capaces de dar cuerpo a sus intenciones. “Y además, por fin ,he podido demostrar al mundo que la mente y la virtud no tienen sexo. ¿Quién podría negar que he actuado como un hombre, mejor que un hombre?”.

Ante esta declaración, en el aula resonó otro tumulto de desaprobación. Pero ella, sin preocupar-

se, siguió declarando que había probado siempre algo de hastío hacia sus coetáneas, a las que echaba en cara perder el tiempo en frivolidades, dando pretexto a los hombres para que las consideraran simples adornos, incapaces de participar en la res pública.

Biznieta del grande Corneille, Charlotte prefería los libros a los bordados, los gestos heroicos a los bailes y ahora, una vez llevada a cabo su misión criminal, ambicionaba perder la vista, como el heroico Alejandro, en el limbo de la gloria.

Era demasiado. Tanta soberbia habían puesto en un aprieto a Fouquier-Tinville, que afiló sus armas: para no permitir que aquella pequeña provinciana, llena de orgullo, se saliese con la suya, intentó durante largo tiempo intimidarla, levantando la platea contra ella, esta vez deteniéndose en la perfidia con la que, a través de una falaz carta, Charlotte se había introducido en casa del tribuno, en el número 20 de la rue des Cordeliers.

“Ninguna verdad se debe a los déspotas”, replicó prontamente ella, “y por otra parte, la causa justifica los medios: si he asesinado a un ser humano ha sido para salvar a otros cien mil... En vez de ocuparse de política, el ciudadano Marat, hubiera hecho mejor siguiendo sus estudios sobre los arcoíris, algo en lo que, además de la escritura, parece que era excelente...”.

A pesar de la ironía y la frialdad ostentadas, la ciudadana Corday sintió un escalofrío de espanto cuando, en un concitar de pensamientos trágicos, revivió la escena del delito. Con una excusa bien planeada, había pretendido, rogado y obtenido que el jacobino la recibiera inmediatamente. Él la estaba esperando en el baño, donde pasaba gran parte del tiempo, sumergido dentro de agua fría, intentando curar una fastidiosa enfermedad de la piel.

Se habían intercambiado pocas palabras. La víctima propiciatoria no nutría sospechas, su carnífige mantenía una calma perfecta.

“¿Qué pasa en Caen?”, había preguntado el jacobino.

Charlotte, simulando perfectamente ser una delatora, dijo que estaba dispuesta a darle los nombres de algunos de los enemigos de la revolución que conocía, y empezó a nombrarlos, esperando el momento en el que el otro bajara la cabeza para anotarlos en su folio.

Marat empuñó, entonces, la pluma y empezó a escribir, sin darse cuenta de que la furia de su asesina lo habría alcanzado en un instante. Charlotte respiró profundamente, reunió todas sus fuerzas y le dio un golpe fatal bajo la clavícula, abriéndole en dos la carótida.

“¡A mí, mi querida amiga, a mí!” pronunció con un hilo de voz el moribundo.

Ahora, entre el ruido amenazador de los presentes en el aula, su asesina lo veía doblarse en la pequeña bañera de bronce, mientras la sangre le salía a borbotones de la herida, tiñendo el agua de un rojo oscuro.

“Que nadie se haga ilusiones de que me vaya a arrepentir. Si pudiera volver atrás, volvería a hacer lo mismo, incluso mejor”, afirmó poniéndose algo colorada. Se arregló un mechón que le cubría la frente y añadió con desmedido orgullo: “La revolución soy yo...”.

Y mientras tanto, secretamente en sus pensamientos, buscaba confirmación de que sus acciones habían sido correctas en ese episodio de la Biblia donde la bella Judith, por salvar a su pueblo de la inminente esclavitud, había seducido al general enemigo, esperando después que se durmiera y para cortarle la cabeza con la espada.

La muchacha de provincia reivindicó el homicidio, no pidió perdón, no bajó la cabeza: “No considero ni el reproche, ni la gloria. Mi deber cumplido me basta, todo lo demás es nada”.

Después le tocó el turno a su abogado, uno de los más ilustres del foro de París. En el embarazo de tener que defender a una reá confesa, se limitó a subrayar cómo no había nada de natural en la extrema calma con la que la imputada había realizado el delito y en cómo lo había reivindicado después,

por lo tanto, dejaba a los jueces el deber de dar a esta consideración el justo peso en el ejercicio de la justicia.

Como era previsible, Charlotte fue condenada a la guillotina y sus bienes fueron confiscados.

“Ciudadana Marie-Anne Charlotte Corday d’Armont serás ajusticiada mañana”, le informó el juez, visiblemente satisfecho por quitársela de delante.

También ella suspiró de alivio: era precisamente lo que quería, una muerte heroica, el martirio de una virgen sobre el macabro altar de los revolucionarios.

“Tengo una petición...”, dijo con una pizca de coquetería.

Quería que le pintaran un retrato: no tenía ninguno y quería que los póstumos pudieran conocer el rostro de quien se había sacrificado por amor de Francia.

El Comité de seguridad general consintió, sin poner objeciones y, más tarde, le envió a la celda un pintor que seguía regularmente todos los juicios y que, entre un interrogatorio y otro, inmortalizaba a los imputados con rápidos bocetos.

“¡Eres tan joven y bella, ciudadana Corday! ¿Por qué has malgastado tu vida con este gesto horrible?”, le preguntó el artista, mientras trazaba sus rasgos sobre el lienzo.

“¿Malgastado, dices? No hubiera podido hacer un uso mejor”, respondió ella, ajustándose los bellos mechones rubios. Era feliz que su nombre circulara en boca de todos, conquistando las primeras páginas de los periódicos. “Terminaré en los libros de historia, junto con los patriotas...”.

“Te meterán en la fosa común, bajo la cal, y nadie podrá venir a llorar sobre tu tumba. No es una muerte bella, ciudadana ...”.

“Del llanto de pocos íntimos puedo prescindir, pero no del reconocimiento de todo mi País.”.

Acabado el retrato, Jean-Jacques Hauer dejó su lugar a un cura, invitando por si quería liberar su conciencia. Pero Charlotte lo despidió inmediatamente, diciéndole amablemente que no necesitaba en absoluto de su ministerio.

El día después le pusieron una camisa roja, reservada a los parricidas y la empujaron a la carreta que la habría llevado hasta la Plaza de la Revolución.

Ni siquiera entonces, a un paso de lo desconocido, Charlotte cedió al miedo, ni parecía afectada por los insultos de la gente, cuando llegó a la plaza.

Cuando estuvo delante de la guillotina, en vez de horrorizarse, se paró a observarla.

Por piedad, Sasón, el verdugo, se dio prisa a cubrirle la vista, pero ella protestó animada:

“Tengo curiosidad. Hasta ahora nunca había visto una”.

“O está loca o está borracha”, murmuró alguien bajo el palco.

“Ni una cosa ni otra”, lo contradijo uno de Caen. Conocía a Charlotte y sabía que había crecido en la sombra y sin amor, nutriéndose de mitos, cultivando sentimientos extremos. Y que para dar un sentido a su existencia a través de la fama y la gloria, había llegado al punto de mancharse las manos de sangre, ofreciendo el suyo a la patria.

Hacia poco que habían pasado las siete de aquel día de verano, cuando una afiladísima hoja puso fin a su vida. Y mientras su cabeza rizada rodaba en una cesta de cáñamo, cerca de allí, un impresionante desfile acompañaba el féretro de Jean-Paul Marat, en marcha hacia el Club de los Cordiglieri, donde su corazón, colocado en una teca de vidrio, fue colgado sobre el arco de la sala principal.

Durante toda la noche un inmenso río de gente llorando siguió desfilando a la luz de las antorchas, para dar su último saludo al “amigo del pueblo”.

Indice

Donde la Historia Oficial se detiene.....	5
Danza cruel.....	11
Mi nombre era Jane.....	31
Una muchacha de provincia.....	57

Sevilla
2013



Adriana Assini vive y trabaja en Roma, acuarelista, escritora y traductora. Ha publicado nueve novelas y ha realizado exposiciones de sus cuadros en numerosas ciudades europeas.

En castellano ha publicado *Las rosas de Córdoba*, con estudio preliminar y traducción de Mercedes González de Sande (ArCiBel 2011), y el presente *Perder la cabeza* (2013), antología de tres relatos con protagonistas femeninas, traducido por Mercedes Arriaga Flórez.

Su obra puede verse en www.adrianaassini.it